

fisiológica. Y aunque nada dice Wolff contra el autor escandinavo, parece desprenderse de su comparación que la manera de tratar Daudet esta materia difícil es preferible á la de Ibsen. En efecto, en *El Obstáculo*, siguiendo la narración del mismo cronista del *Figaro*, la *herencia fisiológica* no llega á presentarse, es el enano de la Venta; el personaje aquel que pedía la armadura á un gran trágico para gritar ¡alerta! entre bastidores. En cambio, en Ibsen, en su drama *Los Aparecidos* (1) (que supongo que será al que alude Wolff) la *herencia* se muestra no en forma de *tésis*, sino como las cosas deben presentarse en escena, en cuerpo y alma, en la figura de Oswald Alving, pintor. En el *teatro libre* de M. Antoine se ha representado ya *Los Aparecidos* (*Los revenants*, en francés) y á juzgar por los periódicos, se vió lo que tiene el drama de admirable. Sin embargo, sea porque el *teatro libre* no es público oficialmente, y aunque por dinero, como en todo, se entra en él, el número de espectadores que le frecuenta es insignificante en comparación del *gran público* de los teatros principales; sea porque, como se temía, lo extraño de la obra no llegó á vencer de veras las preocupaciones tradicionales del gusto predominante, ello fué que *Los Aparecidos* de Ibsen no tuvieron, ni con mu-

(1) Se ha dicho que estaba mal traducido con esta palabra el título de este drama; se ha dicho, pero no se ha probado.

cho, la resonancia de una de estas obras genuinamente francesas que en París se aplauden hasta por patriotismo. *El Obstáculo*, por ejemplo, ha hecho infinitamente más efecto que la obra del autor noruego. Y con todo, por lo que se refiere al interés dramático (que es lo que importa) de la enfermedad hereditaria y sus consecuencias, no cabe duda que va de la obra de Ibsen á la de Alfonso Daudet lo que va de lo vivo á lo pintado.

Yo no comparo, en general, al autor del Norte y al paisano de Tartarin; no cabe comparación; son hombres muy diferentes y su arte tiene que serlo también. Ibsen es, puede decirse, principal, casi exclusivamente, autor dramático; y en Daudet lo principal es el novelista; en Ibsen hay todo un pensador, y pensador revolucionario; un *refractario* de alto vuelo; Daudet tiene, como mayor deficiencia de su gran ingenio, el límite estrecho de sus miras; puede decirse que no ha pensado siquiera en las grandes cosas, que son lo principal, son el fondo de los mejores dramas de Ibsen. Los atrevimientos de Daudet se limitan á retratar del natural, sin escrúpulos ni miedo, reyes destronados, fúcares, ministros, literatos, cómicos, bailarinas, etc., etc... Todo eso es algo, mucho en su género; pero en el mundo hay mucho más. Solo en ciertas delicadezas escapa Daudet al alcance intelectual del vulgo *ilustrado*; por esto sue-

len preferirle los carneros de Panurgo del pensamiento á Zola, Flaubert, y ahora á Ibsen.

Daudet es uno de tantos hombres modernos que, respecto de los grandes intereses ideales, no profesan más que una especie de escepticismo prudente y discreto, oculto ó disimulado, cuya práctica constante consiste en abstenerse de tocar materias metafísicas ni nada que con ellas se de la mano. Para el arte de Daudet, el interés de la vida empieza en lo relativo, y las más veces radica en lo convencional. Destruir, ó combatir por lo menos, un convencionalismo de esos que pasan pronto por sí mismos, una *moda*, le parece poner una pica en Flandes. No hay más que ver cómo aborda estas cuestiones que ahora trae entre manos en sus comedias, para comprobar que no es capaz, como poeta á lo menos, de mirar su asunto sino desde un punto de vista de poco alcance, en atención á un utilitarismo inmediato.

Ibsen peca por lo contrario. A fuerza de ser artista, no echa á perder, por pura abstracción, las obras que sirven como de símbolos á sus ideas de innovador. La preocupación predominante de este poeta nos recuerda, á su modo, las grandes esperanzas y las grandes revoluciones ideales de los místicos y soñadores de Italia, que creían llegada la hora del *Evangelio Eterno*.

En efecto, una *tercera ley* es lo que viene á pe-

dir Ibsen; en el siglo XIX, y tal como hoy puede ser esto, Ibsen, descontento, pide algo semejante á lo que querían los Joaquín de Flora, los Juan de Parma. Reconoce, como dice Eduardo Rod, la fuerza histórica del cristianismo, su necesidad; pero aspira á un tercer reinado, que no define, pero que sería en el fondo la reconciliación entre la teoría del placer, esencia de las creencias paganas, y la teoría del sacrificio, de la abnegación y renuncia, base de las doctrinas cristianas.

En efecto, esta tendencia, este anhelo se ve en la señora Alving de *Los Aparecidos*, que después de muchos años de sacrificios siente *remordimientos* de su propia abnegación, *remordimientos* de haber olvidado su propio derecho; se ve también en la Nora de *La casa de la muñeca*, que habiendo llegado hasta el delito por el amor de su esposo, cuando ve el egoísmo de éste en su triste desnudez, *recoge* su sacrificio y abandona el hogar que ya no considera suyo, desde que la frialdad del marido ha echado nieve sobre el fuego. Y sobre todo, se ve la idea de Ibsen respecto de este apocalipsis místico edonista con que sueña, en su drama más notable, que se titula *Emperador Galileo*.

Basta con estas ligeras indicaciones para comprender que es Ibsen hombre y artista de muy diferente índole que Daudet, y es natural que al re-

ferirse al mismo asunto, la *herencia* fisiológica, en su respecto patológico, mientras el francés huye, en rigor, las dificultades del compromiso, el noruego las plantea á su modo y las resuelve sin miedo, dando un carácter plástico á la materia que en *El Obstáculo* no aparece ni por asomos.

Voy á comparar el cuadro y se verá gráficamente probado lo que digo. Primero recordaré el argumento de *El Obstáculo* y después expondré el de *Los Aparecidos*, deteniéndome á *extractar* alguna de las escenas culminantes.

II

Didior, marqués d'Alein, es el prometido de Magdalena de Remondy, rica heredera, menor de edad, y que tiene por tutor á M. de Castillon, magistrado. En Niza, donde se encuentran las dos familias, pues con Didior está su madre, se concierta el matrimonio.

Pero el tutor, que como el *doctor Bartolo* y otros muchos tutores, quiere para sí la pupila, averigua que el padre del novio ha muerto loco, y esto le sirve de pretexto para oponerse á la boda. Didior ignora la enfermedad de que murió su padre, pues su madre, la marquesa d'Alein, siempre

le ha ocultado la terrible verdad para evitar que la aprensión de heredar la locura precipite en ella acaso al hijo querido. Para conseguir que se rompan aquellas relaciones, á lo que Didior se opone con vehemencia, es necesario que la misma Magdalena, en una dolorosa entrevista, declare, mintiendo por caridad y por amor, que ya no ama á su novio.

Didior, desesperado, se vuelve furioso contra el tutor, y exclama:

—«Ya es libre, libre para todos, puede ser de quien quiera... pero de usted jamás; si usted osa levantar los ojos hasta ella...

—»Señor Marqués—interrumpe el tutor;—ya veo que está usted loco, lo mismo que su padre. Y nadie se bate con un loco.»

Aquí comienza el mayor mal, el terror de la Marquesa: su hijo sabe la verdad que tan cuidadosamente le ocultó siempre; puede la aprensión, el miedo llamar la locura, que acaso se hereda indefectiblemente. ¿Qué hacer? El mayor sacrificio. Declarar á su hijo, matando el honor por salvarle á él, que su madre ha sido culpable, que el loco... no era padre suyo. Inútil recurso, Didior no cree en la deshonra de su madre; no cabe insistir en aquella noble superchería,

—«¿Tú culpable, madre?—dice Didior.—¡Imposible! De eso no me podrá persuadir nadie.»

Hermus, un amigo de la familia, entusiasmado con esta respuesta, declara la verdad: su madre teme que Didior, preocupado con la idea terrible de la herencia funesta, sea despreciado bajo el influjo de tal idea.

—«Pero si gracias á Dios—contesta el Marqués,—esa idea no la he tenido en mi vida! Por lo pronto, porque tengo la cabeza firme y los ojos en su sitio. No sé lo que es vértigo. Y además, los nuevos catecismos de la ciencia moderna yo no los acepto ciegamente; pienso como tú, mi antiguo maestro, que para luchar contra el poder nocivo de la sangre heredada, el hombre lleva una fuerza *moral é interior* (sic), que, si él quiere, puede emanciparle de esas leyes de la fatalidad.»

Y Hermus añade:

—«¡Pues ya lo creo! Y eso es lo que nos diferencia del bruto.»

Este es *El Obstáculo* en esqueleto; sus bellezas, que al parecer son muchas, no consisten, como se ve, en la presencia del *protagonista, la locura heredada*, el mal del padre repercutiendo en el hijo y espantando á la madre como espantó á la esposa.

Algunos han dicho que Daudet se proponía demostrar que *no siempre* se hereda la locura; pero no debió de ser tal el propósito del ilustre novelista. Entre otras razones, porque Didior, al aca-

barse la comedia, es muy joven todavía, y puede ser que, cuando ya nadie se acuerde del *Obstáculo*, el marqués d'Alein pierda el juicio, previa ó no la aprensión de perderlo. Y entonces, adiós *tesis*.

Otros dicen que en esta obra se defiende el idealismo contra el determinismo. Yo opino que tal idealismo hay, que está muy por encima de esta cuestión: ¿se hereda *necesariamente* la locura? Pudiera ser la afirmación cierta y sin embargo no padecer por ello esos grandes *intereses morales* que se pretende salvar quitando aprensiones á los descendientes de los locos. Pero no quiero insistir en este punto, primero, por no corresponder á mi propósito presente; y además, porque temo no explicarme bien. Desde que ví lo mal que me entendía en ciertas materias delicadas hombre tan agudo como el Sr. Balart, desconfío de mis facultades de expresión para las ideas que no sean triviales y corrientes. A otra cosa. Al drama de Enrique Ibsen.

III

No pretendo analizar toda la obra, trabajo que saldría, con mucho, de los límites de un artículo como el presente. Sólo pienso referirme á aquella parte de la acción y de los caracteres que ofrecen

con *El Obstáculo* de Daudet el contraste de lo *vivo* á lo *pintado*, de que antes hablaba.

Cinco personas figuran en *Los Aparecidos*. La señora Elena Alving, viuda del capitán y chambelan Alving, Oswaldo Alving, su hijo, pintor; el pastor Manders; Engstrand, carpintero, y Regina Engstrand, criada de la señora Alving. La escena representa una casa de campo á orillas de un *fiord* de la Noruega septentrional.

La señora Alving ha sufrido años y años bajo el poder brutal de su marido, y ha sufrido en silencio, hasta el punto de dejar creer al mundo entero, aun á sus más íntimos amigos, que el capitán Alving era una persona digna de todos los elogios que el pastor Manders piensa consagrarle en la oración inaugural de un asilo benéfico, erigido por la viuda en memoria del difunto esposo.

Es necesario advertir que en su juventud el pastor Manders estuvo enamorado de Elena, y que los instintos de una mutua inclinación sólo fueron vencidos á tiempo, á fuerza de virtud, y merced sobre todo al ascendiente moral de Manders sobre su amiga; casada ésta, sacerdote él, se separaron, sin culpa alguna, y no volvieron á verse, pues los Alving se retiraron á la aldea, hasta que la administración del instituto benéfico de los Alving trajo á Manders á la presencia de Elena, ya viejos los dos.

Elena, después del primer año de matrimonio, huyó de su marido; pero los consejos del pastor la volvieron á su hogar y á su deber. A pesar de esto, Manders, fiel guardador de los preceptos de su moral religiosa, no está satisfecho de su amiga, y le lanza sin miedo acusaciones que le parecen fundadas, porque él ignora el misterio terrible de aquel hogar en que había un tirano loco, furioso, entregado al vicio, y una mártir. Oswaldo, alejado de la casa paterna desde muy joven, antes de tiempo ha adquirido en París costumbres que el pastor también condena, y de sus consecuencias deplorables culpa también á Elena.

«Manders.—Usted, señora, ha estado toda su vida dominada por una invencible confianza en sí misma; siempre propicia á despreciar el yugo de toda ley. Jamás quiso soportar el yugo de una cadena. Todo cuanto en la vida le molestaba se lo ha sacudido de encima, sin pena, sin remordimiento; no quiso usted ser esposa, y huyó de su marido; no quiso usted la incomodidad de ser madre, y ha enviado á su hijo al extranjero...

»Señora Alving.—Es verdad. He hecho todo eso.

»Manders.—Ha sido usted culpable, lo reconoce, para con su marido, al cual consagra hoy una reparación levantando ese monumento á su memoria; culpable para con Oswaldo, su hijo, reconózcalo usted también... (*Pausa.*)

»Señora Alving (*lentamente y dominándose*).—Ha dicho usted, señor pastor: y mañana hablará ante el público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo algo que comunicarle... Al juzgar mi vida de esa manera no hace usted más que unir su opinión á la opinión general.

»Manders.—Bien, sí, ¿y qué?

»Señora Alving.—Hoy, Manders, le debo á usted toda la verdad... Esta verdad es... que mi marido ha muerto en la disolución en que siempre había vivido.

»Manders.—¿Y á los extravíos de la juventud los llama usted disolución?

»Señora Alving.—Nuestro médico se servía de esa expresión.

»Manders.—¿De modo que todo vuestro matrimonio, aquella común existencia de tantos años, no habrá sido más que un velo echado sobre un abismo?

»Señora Alving.—Ni más ni menos. Para ocultar el secreto necesité una lucha á cada instante, lucha sin tregua. Después que nació Oswaldo pareció que mejoraba la situación; pero fué por poco tiempo. Doble combate desde entonces. Yo tenía que ocultar al mundo entero qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Por fin... el chambelán, mi esposo, cometió la abominación más indigna;

trajo á esta misma casa, ahí, á esa estancia, sus liviandades; persiguió á una criada, la venció, y estos amores tuvieron consecuencias... Después... para retenerle en casa, para que no llevase fuera nuestra ignominia, tuve que hacerme camarada de sus orgías; sentarme á su mesa y beber con él, y luchar con él, cuerpo á cuerpo, para meterle en su lecho...

»Manders.—¿Y ha podido usted sufrir tanto?...

»Señora Alving.—Por mi hijo. Oswaldo tenía que salir de esta casa; había cumplido siete años; empezaba á fijarse, á observar; preguntaba... no podía estar aquí. Toda la herencia del chambelán la gasté en el asilo...; no quería que Oswaldo heredase nada de su padre. Todo lo que tenga mi hijo ha de ser mío, todo...»

.....

Oswaldo, de quien, al verle por primera vez, había dicho Manders: «Cuando le ví entrar con la pipa en la boca creí ver á su padre resucitado», persigue á Regina, la criada, allá dentro, en el comedor.

(Se oye el ruido de una silla que cae, y voces.)

La de Regina, mitad estridente, mitad ahogada.

—«Oswaldo, ¿estás loco? Suéltame. (Frase análoga á la que reveló á Elena las relaciones de su esposo y la criada.)

»La señora Alving (*retrocediendo espantada*).—
¡Ah!

»(Fija la mirada con extravío en la puerta entreabierta. Se oye á Oswaldo toser y bromear. Después el estallido de un tapón de botella que salta.)

»Manders (*indignado*).—Pero... ¿qué quiere decir?... ¿Qué es esto, señora Alving?...

»Señora Alving (*con voz ronca*).—¡Aparecidos! ¡resucitados! La pareja del invernáculo que vuelve...

»Manders.—¿Qué dice usted? ¿Regina? ¿Será acaso?...

»Señora Alving.—Sí. Sígame usted. Ni una palabra.»

Así acaba el primer acto.

Como se ve, el terror de la madre no se funda en el miedo de que su hijo tema *heredar* el mal de su padre, sino en la visión dramática, gráfica, profundamente artística del *mal heredado* que se le revela de repente.

IV

Oswaldo, á quien su madre alejó del hogar por apartarle del ejemplo y del contagio de su padre, llega á ser en París artista de grandes esperanzas;

pero el vicio le llama, la vida alegre le envuelve, le va tragando como arena movediza, y él siente que se hunde y siente el horror de la fatalidad fisiológica porque se hunde. Este es un secreto. Al volver al lado de su madre, en la que piensa que existe poco amor para él, porque ha podido vivir tanto tiempo sin verle, experimenta la comezón irresistible de comunicarle sus angustias, su terror... Y después de comer y beber con exceso, que asusta á la señora Alving, su hijo acaba por revelar el terrible misterio de su vida, por enseñarle aquella repugnante llaga de su *herencia*; herencia de que él no sabe nada, pero de cuyos resultados está seguro por sus propios males.

La situación, como se ve, es harto más dramática é interesante que la de *El Obstáculo*.

«Oswaldo.—Escúchame tranquilamente. Lo que tengo no es una enfermedad, lo que se llama enfermedad generalmente. (*Cruzando las manos sobre la cabeza*.) ¡Madre! Tengo el espíritu así como roto. Soy hombre al agua. Ya nunca podré trabajar. (*Oculto el rostro entre las manos y cae á los pies de su madre sollozando*.)

»Señora Alving.—Oswaldo, Mírame. No, no; lo que dices no es verdad...

»Oswaldo.—¡No trabajar jamás! ¡Jamás! ¡Ser como un muerto vivo! Madre, ¿comprendes este horror? ¿Puedes figurártelo?

» Señora Alving. — ¡Desgraciado hijo mío! ¿Pero de dónde viene ese horror? ¿Cómo se ha apoderado de ti?

» Oswaldo. — No puedo darme cuenta de ello. Jamás me he abandonado á una vida... que pueda llamarse borrascosa. No, en ningún sentido. Puedes creérmelo: soy sincero.

» Señora Alving. — Oswaldo, no lo dudo...

» Oswaldo. — ... Primero violentos dolores de cabeza, sobre todo en el occipucio; me parecía tener el cráneo dentro de un círculo de hierro. Me era imposible trabajar. Quise comprobarlo con un gran cuadro. Mis facultades no me obedecían; no podía concentrar la atención, fijar las imágenes; todo daba vueltas en mi derredor, era un vértigo. Por fin llamé al médico. Por él lo supe todo.

» Señora Alving. — ¿Qué quieres decir?

» Oswaldo. — Era una notabilidad. Me preguntó cosas que parecía que nada tenían que ver con mi estado. Acabó por decirme: hay en usted desde su nacimiento, algo así... *vermoulu*; sí, se sirvió de esta palabra francesa.

» La señora Alving. (*Con atención concentrada.*) — ¿Qué quiere decir eso?

» Oswaldo. — Eso era lo que yo no comprendía. Por fin se explicó el clínico del hombre... (*Apretando los puños.*) ¡Oh!

» Señora Alving. — ¿Qué dijo?

» Oswaldo. — Dijo: los pecados de los padres caen sobre los hijos.

» Señora Alving. (*Levantándose lentamente.*) — ¡Los pecados de los padres!...

» Oswaldo. — Me daban tentaciones de abofetearle...

» Señora Alving. (*Atravesando la escena.*) — Los pecados de los padres...

» Oswaldo. — Por tus cartas le hice comprender que no había caso, que mi padre...

» Señora Alving. — ¿Y entonces?

» Oswaldo. — Entonces comprendió que había equivocado el camino. Y así fué como pude saber la verdad, la intolerable verdad. ¡Oh, la dichosa vida de expansión de la juventud... las campañas de la gente alegre! Debí haberme abstenido. Había ido más allá de lo que consentían mis fuerzas. ¡Todo por mi culpa!

» Señora Alving. — No, Oswaldo, no creas eso.

» Oswaldo. — No había otra explicación posible. ¡Perdido para siempre por mi propio aturdimiento!... ¡Si á lo menos fuese una herencia, algo contra lo que yo no pudiera luchar!...

.....

Oswaldo pide á su madre horrorizada, como un niño mimado, que satisfaga sus vicios: la sed, aquella ardiente, constante sed... Y después le pide

el cuerpo hermoso, seductor, fresco y robusto de Regina, la *mariposa negra*, la pérfida criada.

En adelante, el drama puede decirse que es esta lucha de la madre y el hijo; y la madre va cediendo, y va entregando á Oswaldo todos los medios de disolución que reclama, sin detenerse en miramientos morales... Además, la señora Alving, que sacrificó su existencia á la crápula de su esposo, que contrarió los propios instintos y tiene, como ya se ha dicho, el remordimiento del placer no gozado, de la alegría humana jamás satisfecha, quiere desquitarse en su hijo; y la acompaña como un aya del vicio en todos sus extravíos de concupiscencia doméstica. Pero el mal avanza, Oswaldo se precipita en esa especie de *puerilidad nerviosa* que lleva á la muerte por una trágica parodia de la infancia.

La madre le suministra el alimento de la concupiscencia como pudiera darle juguetes al niño enfermo. Son terribles verdaderamente las últimas escenas en que esta extremada situación moral y fisiológica se pinta. La simple lectura de tales pasajes da espanto, causa vértigos, aprensiones del contagio del mal. En poder de un artista capaz de representar exactamente el Oswaldo que se *disuelve* en el limbo de lo *inconsciente*, en una estupidéz graciosa, infantil, el final de *Los Aparecidos* será un espectáculo casi intolerable, pero de un

vigor dramático, que recordará el terror que causaban en el pueblo helénico las tragedias griegas, y el que aún producen en el pueblo persa sus dramas extraños.

¡Qué lejos, y qué por encima (en el aspecto artístico) estamos con todo esto de la *tesis* consoladora de Daudet y de aquella *herencia* que no sale á la escena siquiera!...

Regina, la salud y la corrupción han partido. Oswaldo y su madre quedan solos.

—»Madre—dice Oswaldo,—soy un enfermo. ¡No puedo pensar más que en mí mismo!

»Señora Alving.—Bien; bien. Yo sabré tener paciencia...

»Oswaldo.—¡Y alegría, madre!

»Señora Alving.—Bien, sí; lo que quieras. ¿No he conseguido alejar de ti todo lo que te sofocaba... los remordimientos?

»Oswaldo.—¡Ay, sí! Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

»Señora Alving.—¿La angustia?

»Oswaldo.—Regina lo hubiera conseguido con una sola palabra (1).

»Señora Alving.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

(1) ¡Cuánto dice esta sola frase! ¡Cuántos ilusos, esclavos de la *neurosis*, hablan del *amor* como único consuelo, de la mujer como única medicina para el desencanto, para la *angustia* del vivir!

»Oswaldo.—Madre, ¿va pasando la noche?

»Señora Alving.—Va á despuntar el día. El alba colora las cumbres. ¡Tendremos buen tiempo, Oswaldol! ¡Dentro de pocos instantes verás el sol!

»Oswaldo.—Me alegro. ¡Hay tantas cosas que pueden alegrarme y convidarme á vivir!...

»Señora Alving.—¡Ya lo creo!

»Oswaldo.—Aunque no pueda trabajar...

»Señora Alving.—Podrás trabajar, pronto podrás...

»Oswaldo.—Y ahora, que has disipado mis aprensiones y el sol va á salir... hablemos, madre. Vas á saberlo todo.

»Señora Alving.—¿Qué quieres decir?

»Oswaldo.—Madre, ¿no has dicho esta noche que nada hay en el mundo que no hicieras por mí si yo te lo rogase?

»Señora Alving.—Sí, lo he dicho y es verdad.

»Oswaldo.—Pues escúchame, y no me interrumpas, oigas lo que oigas. Has de saber que esta fatiga... y este estado en que la idea del trabajo se me hace insoportable... todo eso no es mi enfermedad en sí misma. Esta enfermedad que me ha tocado por herencia... (*pone un dedo sobre la frente*) está aquí dentro.

»Señora Alving (*casi afónica*).— ¡Oswaldo!... ¡No, no!

»Oswaldo.—No grites... No puedo soportarla...

Sí, ya lo sabes... está aquí dentro... escucha... y á lo mejor puede estallar...

»Señora Alving.—¡Ah, es espantoso!

»Oswaldo.—Tranquilidad, madre. ¡Así me veol!

»Señora Alving (*dandó un salto*).— ¡Todo eso es falso! ¡Es imposible!

»Oswaldo.—Ya tuve un acceso allá abajo. Pasó pronto, pero me vi perseguido por la angustia que me enloquecía... Y tan pronto como pude he corrido á tu lado. Es un horror indecible. ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria! Al fin no temo tanto la muerte que... y eso que bien quisiera vivir todo el tiempo posible...

»Señora Alving.—¡Oh, sí, y vivirás, Oswaldol!

»Oswaldo.— ¡Pero hay en esto una cosa tan horrible! Volver, por decirlo así, al estado de primera infancia... Necesitar que otro me alimente... ¡Ah, no hay palabras para expresar lo que yo padezco!

»Señora Alving.—El niño tiene á su madre para cuidarle.

»Oswaldo (*dejando su sitio de un brinco*).— ¡No, jamás! Me resisto á la idea de permanecer en tal situación años y años, de envejecer y encanecer así... Y en tanto, tú podrías morir y dejarme solo. (*Se sienta en la misma silla de su madre.*) Porque el médico me ha dicho que esto no acaba necesariamente por una muerte inmediata. Pretende que

es el cerebro que se ablanda... sí, una especie de blandura en el cerebro ó algo parecido (*sonrisa penosa*). Me parece que la palabra suena armoniosamente... Constantemente me siento inclinado á representarme terciopelos de seda, rojos, color cereza... Algo delicado que se acaricia.

» Señora Alving (*gritando*).—¡Oswaldol...

» Oswaldo (*levantándose de un brinco y atravesando la escena*).—¡Y me has arrebatado á Reginal! ¿Por qué no está aquí? Ella sabría socorrerme...

» Señora Alving (*acercándose á él*).—¿Qué quieres decir, hijo del alma? ¿Qué socorro habrá que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

» Oswaldo.—Cuando recobré el sentido, después de mi acceso de allá bajo... de París .. el médico me dijo que si éste repetía... y repetirá... no había esperanza.

» Señora Alving.—¡Y tuvo valor para decirte eso!

» Oswaldo.—Le obligué yo. Le dije que tenía que dejar algo dispuesto... (*sonrisa maliciosa*). Y era verdad. (*Sacando una cajita de un bolsillo interior*.) Madre, ¿ves esto?

» Señora Alving.—¿Qué es?

» Oswaldo.—Polvos de morfina.

» Señora Alving (*mirándole con espanto*).—¡Oswaldo, hijo mío!

» Oswaldo.—He conseguido reunir doce paquetes.

» Señora Alving (*procurando coger la caja*).— ¡Dame esa caja, Oswaldol

» Oswaldo.—Todavía no, madre. (*Guarda la caja*.)

» Señora Alving.—No sobreviviré á este golpe.

» Oswaldo.—Se puede sobrevivir... Si tuviera á Regina aquí, la diría mi resolución y la exigiría este último servicio. Regina, estoy seguro, no me lo negaría.

» Señora Alving.—¡Jamás!

» Oswaldo.—Si el acceso me hubiera dado en su presencia, y me hubiera visto aquí tendido en el suelo... más débil que un recién nacido... impotente, miserable, sin esperanza, sin salvación posible...

» Señora Alving.—No; Regina no hubiera consentido jamás ..

» Oswaldo.—Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡Tenía un corazón tan adorablemente ligero! Y además, pronto se hubiera cansado de cuidar á un enfermo como yo...

» Señora Alving.—Entonces demos gracias á Dios, porque se ha marchado.

» Oswaldo.—Sí, madre, y ahora... Tú eres quien tiene que ayudarme.

» Señora Alving (*un grito*).—¡Yol

» Oswaldo.—¿Quién, si no tú?

» Señora Alving.—¡Yol! ¡Tu madre!

»Oswaldo.—Precisamente.

»Señora Alving.—¿Yo, que te he dado la vida?

»Oswaldo.—Yo no te la he pedido. ¡Y qué vida la que me has dado! No la quiero. Tómala.

»Señora Alving (*huyendo hacia el vestíbulo*).—¡Socorro, socorro!

»Oswaldo (*corriendo tras ella*).—¡No me dejes solo! ¿Adónde vas?

»Señora Alving.—A buscar al médico. Déjame salir.

»Oswaldo.—Ni saldrás tú, ni entrará nadie. (*Se encierra con llave en la estancia con su madre.*)

»Señora Alving.—¡Oswaldo, Oswaldo, hijo mío!

»Oswaldo.—¿Y tienes tú corazón de madre? ¿Y puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?...

»Señora Alving.—Toma mi mano.

»Oswaldo.—¿Quieres?

»Señora Alving.—Si llega á ser necesario. Pero, no será. ¡Es imposible, imposible!

»Oswaldo.—Esperémoslo así. Y en tanto, vivamos juntos todo lo que podamos. Gracias, madre. (*Se sienta en la butaca que la señora Alving ha acercado al sofá. Es de día. La lámpara continúa ardiendo sobre la mesa.*)

»Señora Alving (*acercándose suavemente*).—¿Te sientes ahora más calmado?

»Oswaldo.—Sí.

»Señora Alving.—Todo ello no era más que cosa

de la imaginación... Estás muy fatigado. Es necesario que reposes... ¡Aquí, á mi lado, junto á tu madre, hijo del alma! Todo lo que quieras, cuanto pidas, te lo daré yo; sí, lo mismo que cuando eras un rapazuelo. Ya ves; ha pasado el ataque. ¡Ah, bien lo sabía yo! Y ahora, mira, Oswaldo, ¡qué hermoso día tenemos! ¡Cómo resplandece el sol!... (*Se acerca á la mesa y apaga la lámpara. Sale el sol; en el fondo del paisaje la montaña y la llanura brillan con los rayos matutinos.*)

»Oswaldo (*inmóvil en su butaca, vuelve la espalda al fondo del escenario; de repente pronuncia estas palabras*): Madre, dame el sol.

»Señora Alving (*junto á la mesa, mirándole espantada*).—¿Qué dices?

»Oswaldo (*con voz sorda*).—¡El sol! ¡El sol!

»Señora Alving (*acercándose á él*).—Oswaldo, ¿qué tienes?

»(*Oswaldo se desploma en la butaca; todos sus músculos se aflojan; el rostro pierde ya su expresión; los ojos, apagados, miran fijos.*)

»Señora Alving.—¿Qué es esto? (*gritando*). ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (*De rodillas ante él, y sacudiéndole*). ¡Oswaldo, Oswaldo, mírame! ¿No me conoces?

»Oswaldo.—¡El sol! ¡El sol!

»La señora Alving (*levantándose de un brinco, desesperada, las manos en la cabeza y gritando*).—

¡No puedo! ¡Jamás!... ¿Pero dónde están? (*Busca con rapidez en los bolsillos de Oswald.*) ¡Aquí! (*Retrocede y exclama:*) ¡No!... ¡No!... ¡Sí!... ¡No, no! (*Con las manos rígidas, entre el cabello, permanece á algunos pasos de su hijo, fijos en él los ojos espantados.*)

»Oswald (*siempre inmóvil*).—¡El sol! ¡El sol!»

FIN

ÍNDICE

| | <u>Páginas,</u> |
|---|-----------------|
| Camus. | 5 |
| Lecturas.—Zola.— <i>La Terre</i> | 31 |
| Zola y su última novela.— <i>L'Argent</i> | 57 |
| Nubes de estío, novela de D. J. M. de Pereda. | 81 |
| Dos académicos. | 103 |
| Otro académico. | 113 |
| Cañete. | 129 |
| La novela novelesca. | 137 |
| Entre bobos anda el juego. | 159 |
| Nota bibliográfica. | 167 |
| Revista literaria.—Noviembre, 1889. | 185 |
| Revista literaria.—Diciembre, 1889. | 219 |
| Revista literaria.—Enero, 1890. | 245 |
| Revista literaria.—Marzo, 1890. | 277 |
| Revista literaria. | 307 |
| Revista literaria. | 325 |
| Revista literaria. | 345 |
| Revista literaria. | 359 |
| La novela del porvenir. | 385 |
| La juventud literaria. | 393 |
| Un libro de Taboada. | 399 |
| Ibsen y Daudet. | 497 |